



La Institución del Matrimonio y el Bien Común: Una Carta Pastoral de los Obispos Católicos de Virginia

septiembre de 2006

Queridos Amigos en Cristo:

El 7 de noviembre los votantes en Virginia tendrán la oportunidad de decidir si adoptar una enmienda constitucional estatal que afirmaría el matrimonio como “una unión entre un hombre y una mujer” y establecer una clara distinción entre la institución pública del matrimonio y otras relaciones voluntarias. Esta pregunta en la papeleta electoral tiene un profundo significado para el futuro de la familia, la estructura social más fundamental de nuestra sociedad. En vista a esta importante oportunidad, deseamos compartir con ustedes, los fieles de nuestras dos diócesis, la enseñanza de nuestra Iglesia con respecto a la naturaleza del matrimonio, especialmente en lo que se refiere a nuestras leyes y a nuestras responsabilidades como fieles ciudadanos.

El matrimonio, comprendido adecuadamente, fue construido dentro de nuestra naturaleza justo desde el principio. En efecto, nuestra comprensión del matrimonio está ligada a nuestra comprensión de la creación. En el Libro del Génesis, aprendimos que Dios creó a los hombres y a las mujeres como seres iguales y complementarios (Génesis 1:27, 2:23), permitió que el hombre y la mujer se convirtieran en “una carne” y así reflejaran Su unidad interior, complementándose (Génesis 2:24), y le dijo al primer hombre y a la primera mujer que fueran “fértiles y se multiplicaran” (Génesis 1:28), logrando así que participaran en Su obra de creación. Así pues, el hombre y la mujer están predispuestos a formar, en las palabras del Papa Juan Pablo II, una “comunidad de cónyuges”, que a su vez “genera la comunidad de la familia” (Carta a las Familias, #7).

En nuestra cambiante y cada vez más compleja sociedad, la historia del Génesis nos lleva de regreso a lo básico, recordándonos que el matrimonio tenía un diseño y propósito antes que cualquier nación, religión o ley fuera establecida. Aun antes que Cristo elevara el matrimonio entre los bautizados a la dignidad de un sacramento, ya existía como la institución humana y social en la que se estructura la civilización. El *Catecismo de la Iglesia Católica* capta la esencia de este orden natural: “La alianza matrimonial, por la que un hombre y una mujer forman entre sí una comunidad íntima de vida y amor, ha sido fundada y dotada con sus propias leyes especiales por el Creador”

(#1660). *¡En otras palabras, el fundador y autor del matrimonio es Dios mismo!* Aunque se ha regulado con leyes civiles y leyes eclesiales, el matrimonio no se originó por el estado o por la iglesia, sino por Dios. La única comprensión auténtica del matrimonio, por lo tanto, es la que Dios inscribió en nuestra naturaleza humana.

Ninguna religión, gobierno o individuo tiene el derecho o la autoridad legítima de alterar el significado y estructura básica del matrimonio que ha existido desde que el primer hombre y la primera mujer fueron creados. Debido a que Dios diseñó la unión matrimonial como parte de nuestra naturaleza intrínseca, y la estableció como la fundación de nuestra civilización, el rol apropiado tanto para la iglesia como para el estado es el de salvaguardar, de preservar el gran regalo del matrimonio de nuestro Creador, de generación en generación. En lo que se refiere a la responsabilidad del gobierno en este asunto, el Concilio Vaticano Segundo afirmó: “Todos aquéllos... que ejercen influencia sobre comunidades y grupos sociales deberían trabajar con eficacia para el bienestar del matrimonio y de la familia. La autoridad pública debería considerar como una responsabilidad sagrada el reconocer, proteger y promover su auténtica naturaleza, defender la moralidad pública y favorecer la prosperidad de la vida hogareña” (*Gaudium et Spes*, #52).

Ya que el matrimonio, si es correctamente comprendido, es un regalo de Dios para el bien común de la humanidad, esta institución social esencial por naturaleza posee ciertas cualidades que son de un beneficio único e irremplazable a la sociedad. Dios, después de todo, nos da solamente lo que es verdaderamente bueno para nosotros. Al tejer el diseño del matrimonio en las fibras de nuestro ser, El lo convirtió en la estructura sobre la que se construyen las familias – las comunidades básicas de nuestra civilización. En verdad, el lazo matrimonial es muy diferente a cualquier otra relación voluntaria debido a su estabilidad, el ambiente que provee para el desarrollo de las familias, y la protección que les confiere a los cónyuges y a los hijos. A través del matrimonio, dos personas iguales, pero sexualmente diferentes, se complementan entregándose el uno al otro, por el resto de sus vidas, para el beneficio de ambos y de su familia; con su promesa de fidelidad perpetua, proveen las condiciones más estables para traer hijos al mundo y criarlos; con sus diferencias sexuales, le proporcionan a sus hijos el rango completo de la riqueza humana que conlleva el ser criado por una madre y un padre.

Estas contribuciones únicas a la sociedad nos muestran el por qué el sostener la unión matrimonial entre un hombre y una mujer como una institución pública, de una forma que claramente la distinga de cualquier otra relación, es necesario para el bien común. Debido a que los gobiernos y ciudadanos tienen un fuerte interés en apoyar y promover la estructura mejor y más estable para el bienestar de las familias, no se le debe dar un estado legal equivalente al del matrimonio a ninguna otra relación. Aquéllos que le darían a las uniones no matrimoniales los privilegios y el puesto que les corresponden a los esposos y esposas, contradicen y devalúan lo que es verdaderamente bueno para la sociedad. En otras palabras, el matrimonio como la unión perpetua de un hombre y una mujer no es el “modelo” entre muchas opciones de igual significado público. Más bien, es la base central de la familia y la sociedad. Las leyes civiles hacen una distinción justa y necesaria cuando reconocen el rol singular que la institución del matrimonio desempeña en la sociedad, en lugar de reducir a dicha institución a nada más que una de tantas diferentes relaciones voluntarias alternativas.

Como ciudadanos y votantes, pues, nos encontramos frente a las siguientes preguntas: ¿Afirmaremos la definición de matrimonio de Dios, o dejaremos la puerta abierta para que otros la redefinan cuando lo consideren necesario? ¿Es la unión matrimonial – entre un hombre y una mujer que se entregan completamente el uno al otro – un lazo singular que forma la base de la familia y la sociedad, o no es diferente a cualquier otra relación voluntaria? El considerar estas preguntas dentro de un contexto de decisiones políticas importantes, y por lo tanto ayudar a promover el bien común en nuestras comunidades, es una parte esencial de lo que significa ser un seguidor de Cristo en el Estado de Virginia en la actualidad.

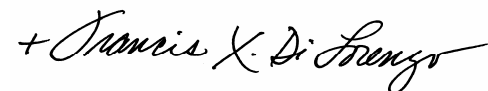
Debido a afirmaciones hechas por algunos oponentes a la propuesta enmienda de protección al matrimonio, también deseamos recordarles a los fieles en nuestras diócesis de su deber de analizar la retórica electoral de una forma honesta y crítica, evitando usar argumentos erróneos como un pretexto para descartar las enseñanzas de la Iglesia, o animar a otros a que lo hagan. Información sobre los hechos acerca de lo que la propuesta enmienda causaría, y no causaría, está disponible en un folleto detallado con preguntas y respuestas preparado por la Conferencia Católica de Virginia y colocado en su sitio: www.vacatholic.org El folleto explica, por ejemplo, que aunque hay oponentes que han dicho que la enmienda interferiría con ciertas decisiones referentes a sus propiedades o al final de sus vidas, hechas por individuos no casados, esas afirmaciones están en clara contradicción con la explicación oficial de la pregunta en la papeleta electoral que está disponible para todos los votantes a través de la Junta Electoral Estatal de Virginia. Los animamos a que lean los materiales de la Conferencia mientras se preparan a votar sobre este importante asunto.

Preservar y promover el matrimonio es un componente integral de nuestra compartida responsabilidad cívica. Según las palabras del Papa Juan Pablo II: “El futuro de la humanidad sucede a través de la familia. Es, por lo tanto, indispensable y urgente que cada persona de buena voluntad se esfuerce por salvar y promover los valores y requisitos de la familia” (*Familiaris Consortio*, #86). En la liturgia católica, una de las bendiciones nupciales habla de la vida matrimonial como “la bendición que no fue erradicada por el pecado original o borrada por el diluvio”. ¿Si Dios mismo valora tan altamente la institución del matrimonio, qué es lo menos que nosotros podemos hacer?

Fielmente en Cristo,



Su Excelencia Paul S. Loverde
Obispo de Arlington



Su Excelencia Francis X. DiLorenzo
Obispo de Richmond